

Voces silenciadas: reconstrucción de memoria histórica de la violencia sociopolítica contra líderes sociales en el barrio Nelson Mandela. 1995-2007

Silenced voices: reconstruction of historical memory of sociopolitical violence against social leaders in the Nelson Mandela neighborhood. 1995-2007

ACCESO  ABIERTO

Cómo citar: García Gallor, L., & Martínez Miranda, L. (2023). Voces silenciadas: reconstrucción de memoria histórica de la violencia sociopolítica contra líderes sociales en el barrio Nelson Mandela. 1995-2007. *Revista Palobra "palabra que obra"*, 23(2), 236-251.
<https://doi.org/10.32997/2346-2884-vol.23-num.2-2023-4805>

Recibido: 17 de octubre de 2023

Aprobado: 28 de noviembre de 2023

Editor: Camilo Rey Sabogal. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2023. García Gallor, L., & Martínez Miranda, L. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> La cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.



Luis Aldemar García Gallor¹

Institución Universitaria Mayor de Cartagena, luis249008@gmail.com

Luis Gerardo Martínez Miranda²

Universidad Tecnológica de Bolívar

RESUMEN

La violencia política en Colombia es uno de los mayores flagelos de su historia reciente. El asesinato de líderes políticos y sociales constituye uno de los episodios de las violencias en el país que con mayor atención debe atenderse desde la academia. El barrio Nelson Mandela en Cartagena de Indias es uno de los casos más emblemáticos en los que la violencia contra líderes sociales en contextos urbanos dejó profundas huellas en la memoria colectiva de sus habitantes. El presente trabajo pretende abordar los resultados de la reconstrucción de memoria de la violencia sociopolítica del barrio Nelson Mandela, a partir de los relatos y entrevistas a líderes sociales del barrio y algunos de sus habitantes, realizadas durante el proceso de reconstrucción de memoria colectiva en el barrio en el año 2016.

Palabras clave: Violencia Sociopolítica; Paramilitarismo; Desplazamiento forzado; Líderes sociales; Asesinatos selectivos; Procesos comunitarios; Memoria Colectiva; Memoria Individual; Memoria Histórica; Reconstrucción de Memoria; Nelson Mandela; Construcción de Paz.

ABSTRACT

Political violence in Colombia is one of the greatest scourges in its recent history. The murder of political and social leaders constitutes one of the episodes of violence in the country that must be addressed with greater attention from the academy. The Nelson Mandela neighborhood in Cartagena de Indias, is one of the most emblematic cases in which violence against social leaders in urban contexts left deep traces in the collective memory of its inhabitants. The present work aims to address the results of the memory reconstruction of the sociopolitical violence of the Nelson Mandela neighborhood, based on the stories and interviews with social leaders of the neighborhood and some

¹ Historiador de la Universidad de Cartagena, Especialista en Proyectos de Desarrollo y Maestrante en Estudios Políticos de la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín..

² Historiador de la Universidad de los Andes, Magister en Desarrollo y Cultura de la Universidad Tecnológica de Bolívar.

of its inhabitants. These were carried out during the process of memory reconstruction collective in the neighborhood in 2016.

Keywords: Sociopolitical Violence; Paramilitarism; Forced displacement; Social leaders; Targeted killings; Community processes; Collective Memory; Individual Memory; Historical Memory; Memory Reconstruction; Nelson Mandela; Peace Building.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo hace parte de una investigación más grande, del proyecto de tesis de maestría Voces silenciadas: dinámicas de la violencia sociopolítica en el barrio Nelson Mandela en Cartagena de Indias. 1995-2007. Esta investigación tiene como base el proceso de reconstrucción de memoria histórica, que se llevó a cabo en el barrio Nelson Mandela en el año 2016, que pretendió, a través de expresiones artísticas y culturales, reconstruir aquellos hechos victimizantes sucedidos en el barrio en el periodo mencionado, en medio del control ejercido por los paramilitares.

Durante los años en los que la cotidianidad del barrio fue puesta presa por parte de los actores armados, se llevaron a cabo masacres, ejecuciones extrajudiciales, violaciones sexuales, persecución a líderes sociales, control sobre aspectos mínimos de la vida privada, como la vestimenta y los cortes de cabello. Pero sobre todos los hechos victimizantes, el silenciamiento de las voces que denunciaron estas violaciones a los derechos humanos, en un barrio calificado como “invasión” o “subnormal”, son la razón de esta investigación.

En tal sentido, esta investigación tiene como objetivo principal analizar las dinámicas de la violencia sociopolítica contra líderes sociales del barrio Nelson Mandela, en un contexto dominado por la violencia paramilitar. Y las formas en las que, a través de la reconstrucción de la memoria histórica en el barrio, se permite establecer una línea de tiempo en el que se enmarcan los hechos victimizantes contra los mandeleros y sus líderes más representativos. En consecuencia, metodológicamente se abordó el trabajo de la reconstitución del pasado, a partir del trabajo de la memoria, en espacios colectivos e individuales en los que los actores pudieran contar los hechos de los que fueron víctimas de manera individual o colectiva. Todo ello con el fin de elaborar un relato que pudiera dar cuenta de los hechos que marcaron la memoria de los mandeleros y que funcionan como tótems desde los que se identifican espacios temporales de la vida en el barrio, se construyen representaciones asociadas a los hechos vividos y cómo estos trastocaron la cotidianidad de los mandeleros para silenciarlos, por lo que generar espacios para la escucha se erigió como una necesidad imperiosa para la construcción de verdad.

Los espacios que se propiciaron para abordar el trabajo de la memoria se dieron en el marco de los ejercicios colectivos, en los que los distintos actores

participaron utilizando como herramienta de reconstitución del pasado las líneas de tiempo, las cartografías sociales y las representaciones artísticas de los hechos; dibujos y pequeñas obras en plastilina aparecieron como herramientas de representación de los hechos. Así mismo, se propiciaron durante este ejercicio investigativo entrevistas individuales semiestructuradas que fueron construidas a partir de los intereses previamente acordados en los grupos de trabajo del proyecto, para tratar de reconstituir el pasado y hechos victimizantes que hacen parte de la recordación colectiva. Adicionalmente, estas memorias recogidas en cada una de estas sesiones, colectivas o individuales, eran contrastadas con fuentes primarias, como archivos de prensa, que constituía otro de los elementos importantes para situar esas memorias en el tiempo y tratar de armar un hilo conductor dentro de los hechos victimizantes.

1. Memoria colectiva y violencia

Para la realización de esta investigación se tuvieron en cuenta tres premisas de Elizabeth Jelin (2002, p.2) con respecto a los trabajos de memoria, que permiten dar un marco teórico explicativo a los procesos que involucra la tarea de reconstrucción del pasado de manera colectiva, y que consideramos fundamentales para el caso de Nelson Mandela:

1. Entender las memorias como procesos subjetivos, anclados en experiencias y en marcas simbólicas y materiales.
2. Reconocer a las memorias como objeto de disputas, conflictos y luchas, lo cual apunta a prestar atención al rol activo y productor de sentido de los participantes en esas luchas, enmarcados en relaciones de poder.
3. "Historizar" las memorias, o sea, reconocer que existen cambios históricos en el sentido del pasado, así como en el lugar asignado a las memorias; en diferentes sociedades, climas culturales, espacios de luchas políticas e ideológicas.

La memoria puede ser entendida como proceso o acción, para dar sentido y significado a una experiencia pasada, que parte desde el presente, para indagar el pasado a partir de recuerdos en los que intervienen tanto individuos como colectivos. En tal sentido, "la memoria es entendida en este caso como un proceso intersubjetivo y dialógico entre individuos y sociedad, dentro de sistemas de valores y creencias, y anclado en experiencias y formas de representación" (Del Pino, 2004, p.12). Es así que, siguiendo a Halbwachs (2004), la memoria estará permeada necesariamente por lo colectivo, en el sentido en el que toda memoria, es una memoria que se construye socialmente, por lo que la memoria es en este sentido dependiente del entorno social. (p.50)

La reconstitución del pasado a partir de experiencias que van de lo individual a lo colectivo, en escenarios marcados por la violencia, tendrá unos particulares al estar en constante constreñimiento ejercido por los traumas. Es así que la

memoria colectiva tendrá necesariamente que constituirse a partir de los relatos de los recuerdos individuales, y en esa relación dialéctica, reconstituir el pasado, “Para que la memoria de los otros venga así a reforzar y completar la nuestra también hace falta, decíamos, que los recuerdos de esos grupos estén en relación con los hechos que constituyen mi pasado” (Halbwachs,1995, p.211). Por lo anterior, es necesario que los grupos que llevan a cabo procesos de reconstrucción de memoria hayan mantenido un marco de relaciones; que no se hayan separado tanto como para lograr deshilar sobre los artefactos que conectan sus recuerdos y puedan dar sentido a dichos recuerdos.

En consecuencia con lo anterior, de esta forma se logra establecer un proceso de rememoración que dote de sentido a la construcción de un relato con un mínimo de coherencia, que cohesionado por los recuerdos individuales logre dar sentido al pasado, reconstruir hechos que se mantienen en la fragilidad de las memorias individuales y expresarlos de tal forma que se encuentren en capacidad de establecer claridades sobre las sombras que se ciernen sobre los recuerdos.

La memoria tiene como característica ser selectiva. Refuerza unos recuerdos, mientras que oculta o resta importancia a otros; superpone un recuerdo de un hecho sobre otro. Esto necesariamente tendrá que ver con la preponderancia de sentidos a los que se apele mientras se hace memoria. Cuando los sentidos sobre los que se cimentaron los recuerdos han perdido vigencia, dejan de ser seleccionados con mayor facilidad por la memoria. En estos casos, así como operan los recuerdos para ser evocados, también es posible que operen olvidos o silencios sobre parte de esa memoria. Aquello se manifiesta con frecuencia en escenarios de violencia, donde las experiencias traumáticas generan ciertos bloqueos psicológicos sobre algunos hechos. Los individuos o los grupos algunas veces generan estos bloqueos de forma voluntaria. Al persistir el escenario de amenaza y violencia, empiezan a operar unos silencios colectivos como estrategias de seguridad o supervivencia. Así lo expresa Jelin:

“El olvido y el silencio ocupan un lugar central. Toda narrativa del pasado implica una selección. La memoria es selectiva ... Esto implica un primer tipo de olvido “necesario” para la sobrevivencia y el funcionamiento del sujeto individual y de los grupos y comunidades. Pero no hay un único tipo de olvido, sino una multiplicidad de situaciones en las cuales se manifiestan olvidos y silencios, con diversos “usos” y sentidos” (Jelin, 2002, p.29)

Estos usos o sentidos de los que habla Jelin son aquellos con los que se resguarda la memoria y se “cura” sobre hechos traumáticos o situaciones que han generado estos bloqueos mentales, tramitados a través del olvido o los silencios. En ese sentido, los relatos emanados tendrán cortes que no lograrán armar o estructurar una narrativa que dé cuenta de unos recuerdos cohesionados.

Para el caso que abordaremos en este trabajo, el caso de la reconstrucción de la memoria colectiva sobre la violencia sociopolítica contra líderes sociales en el en el barrio Nelson Mandela, es posible acercarnos a este universo de la memoria como proceso, con los sentidos y construcciones narrativas bajo “marcos sociales” que permiten recordar y dotar de sentido al pasado a través de los relatos de los mandeleros sobre los hechos victimizantes. Operan, a lo largo de ese ejercicio, reconstituciones del pasado que se sirven del sentido trastocado que la transformación del entorno y los marcos sociales han generado, por lo que la relación dialógica con los demás relatos será fundamental para entender lo sucedido en Nelson Mandela. Así mismo, los silencios y olvidos serán parte de este universo de reconstitución del pasado, al mantenerse en el barrio un contexto atravesado por las dinámicas asociadas a la violencia sociopolítica.

La violencia sociopolítica a la que se hace referencia en este trabajo es definida a partir del concepto abordado por el CINEP como: “aquella ejercida como medio de lucha político y social, ya sea con el fin de mantener, modificar, sustituir o destruir un modelo de Estado o de sociedad, o también para destruir o reprimir a un grupo humano con identidad dentro de la sociedad por su afinidad social, política, gremial, étnica, racial, religiosa, cultural o ideológica, esté o no organizado” (2009, p.6). En Nelson Mandela, los autores de hechos de violencia organizada buscaban también golpear la identidad individual y colectiva, con el fin de silenciar e intimidar a líderes y a la comunidad en general. Este tipo de violencia utilizada en el barrio se enmarca dentro de un contexto social y político que está atravesado por la condición de barrio de invasión, en la que la lucha por los servicios básicos y el control de las economías ilegales hicieron de él un espacio propicio para el desarrollo de hechos victimizantes contra la población mandelera.

2. Contexto

Fundado en 1994, “Mandela”, como lo llaman sus habitantes, está localizado en la localidad 3 (Industrial y de la Bahía) suroccidente del Distrito Turístico y Cultural de Cartagena de Indias. Es un extenso territorio en el que viven aproximadamente 40.000 personas y se divide en 26 sectores, distribuidos en aproximadamente 56 hectáreas. Este asentamiento humano, de formación espontánea, surgió con el recrudecimiento de la violencia en las zonas rurales de todo el país, propiciada por grupos armados al margen de la ley que protagonizan el persistente conflicto armado colombiano, encontrando entre sus pobladores procedencias de distintos barrios de la ciudad, y de otras regiones del departamento de Bolívar y el país; como los Montes de María, San Basilio de Palenque, el sur y centro de Bolívar; Chocó; Urabá antioqueño, y otros lugares de Colombia.

El barrio Nelson Mandela, es uno de esos espacios resultantes del vacío estatal, el conflicto armado y el desplazamiento armado. Su poblamiento está ligado a

la búsqueda que iniciaron colonos de la propia Cartagena de Indias hacia el año 1994 que, llevados por la pobreza y la falta de vivienda digna, decidieron emprender una “invasión” en unos lotes que hasta el momento parecían sin dueño, que además de estar enmotado, funcionaba como botadero público o relleno sanitario en la zona sur occidental de la ciudad.

Las 56 hectáreas que componen el territorio (OPS, 2002, p.8) fueron gradualmente desmontándose, y una vez llegados los primeros colonos de la propia ciudad, fueron llegando por oleadas familias y personas desplazadas por el conflicto armado de las zonas de los Montes de María en Bolívar, el Urabá antioqueño y los departamentos de Córdoba y Sucre. Aquellos que llegaron desplazados por la violencia que azotaba en la década de los 90 a Colombia vieron cómo, en medio del desarraigo que generó su desplazamiento, asentarse en una zona periférica de la ciudad era por el momento la respuesta a sus necesidades. Sin embargo, las dinámicas que impone un poblamiento sin control, desbordaban las capacidades del Distrito de Cartagena para hacer frente a lo que se presentaba en este territorio (Daniels, 2006, p.59). Surgieron prontamente conflictos por los espacios ahora ocupados, además de la falta de servicios básicos y la problemática que suponía la inseguridad ante tantas personas tratando de echar raíces entre los límites dudosos de lo rural y lo urbano.

Esta configuración del barrio de invasión se impregnó de varios elementos que lo hicieron espacio propicio para el surgimiento de actores que se ocuparon de las tareas que le correspondían al Estado, al distrito de Cartagena, y suplieron con una suerte de secuestro de la moral de algunos de sus pobladores, al entrar no solo a imponer “cuotas de seguridad”, sino a convertirse en jueces que imponían reglas de comportamiento dentro del barrio (Jaramillo, 2011, p.131).

La vestimenta, el corte de cabello, dirimir conflictos por terrenos y una que otra vez hacer uso del “clientelismo sicarial” para resolver conflictos entre vecinos, o simplemente silenciar a aquel vecino quejoso que se negaba a arrendar con el pago de cuotas la seguridad que brindaban los paramilitares, los nuevos señores de la guerra en Mandela.

Mandela conformó un orden social en medio del vacío estatal, con unas regulaciones y normatividad creadas y sancionadas por grupos ilegales. Estos actores, agentes y pobladores, explican unas redes y una fenomenología que marcó las dinámicas sociales en el departamento de Bolívar. La ausencia de justicia y sus ciclos de violencia y terror, en medio de un empobrecimiento social y económico, generaron múltiples asesinatos y re-victimización de gran parte de sus pobladores.

El estudio “Valoración económica del delito del homicidio en Cartagena 1995-2005”, realizado por el Centro de Observación y Seguimiento del Delito (COSED), permitió caracterizar la violencia homicida a partir de un conjunto de

variables como la hora de ocurrencia de los hechos, contextos, barrios de ocurrencia y clase de lugares, entre otras. Determinó que en este intervalo de tiempo en la ciudad, tuvieron lugar 2.429 muertes por homicidio, de este total 111 tuvieron lugar en el barrio Nelson Mandela. El documento “Aproximación interpretativa a determinantes de violencia homicida en Cartagena de Indias durante el 2006” indica que en la ciudad se presentaron 275 casos, de los cuales 6 tuvieron lugar en este barrio (COSED, 2007, p.8).

Sin embargo, estas cifras las contradicen los cálculos establecidos por testimonios de líderes sociales del barrio Nelson Mandela, que sobrevivieron a este escenario de violencia y persecución. Ellos aseguran que desde el mismo momento de su nacimiento, Mandela fue sitiado por grupos armados ilegales, y que la violencia criminal que azotó esta comunidad dejó daños incalculables; prueba de ello es el siguiente testimonio, que dice:

“(…) Esos números de la policía, Distriseguridad y ahora el COSED no corresponden ni a la mitad de los asesinatos que se dieron aquí en Nelson Mandela. Yo vivo en este barrio desde 1991, y muchos son los líderes y no líderes que me ha tocado ver morir. Sin temor a equivocarme, si se suman todos los homicidios desde que nació esta invasión, se supera los cuatrocientos muertos por sicariato, y de ese listado no hacen parte quienes han sido re-victimizados por el conflicto, que después de haber salido huyendo de su lugar de origen, tuvieron que desplazarse nuevamente a otros lugares por amenazas de muerte (...) no existen registros sobre estos casos, además el no registrar información era una forma de auto-protección de la gente (...). (Entrevista a líder, junio de 2016)

En concordancia con lo anterior, es posible inferir que, como resultado de una larga tradición de violencias, hemos asistido a la reproducción de espacios en los que la ausencia del Estado, siquiera en su más mínima expresión, canjea su papel con actores que lo reemplazan e imponen un “orden violento”. De esta forma se ha configurado en estos territorios un orden social que estableció unas normas y regulaciones que emanaron de grupos ilegales, quienes las impusieron a sangre y fuego. En ese sentido, Nelson Mandela, siguiendo a Jaramillo, “fue un microespacio más dentro de la geografía de la guerra y el crimen en Colombia, donde se perfiló a través de unas relaciones puntuales y pretensiones personales control territorial, que fue marcando, a su vez, las formas y la viabilidad del epifenómeno de la violencia política,” (2008, p.11).

El paramilitarismo como fenómeno en Colombia nace como estrategia de autodefensa contra grupos guerrilleros, que en el camino fue adquiriendo otras dimensiones. Los ejércitos privados que se conformaron a mediados de los años 90 se establecieron como Estado en muchos espacios rurales y semiurbanos. En ese sentido, como afirma Duncan (2006), se trata de un “Estado de los señores de la guerra, una revolución de las relaciones de poder, de una nueva forma de extraer tributos, de regular la economía, de administrar justicia, brindar

protección y de organizar la prestación de servicios básicos a la vez que se ejerce el monopolio de la coerción” (p.12).

Para mediados de los años 90, tiempo en el que se empieza a crecer Nelson Mandela, el paramilitarismo se encontraba en pleno proceso de expansión. Los Montes de María son escenario de disputas entre los frentes 35 y 37 de las FARC, El bloque Jaime Bateman Cayón del ELN y los frentes Dique, Golfo de Morrosquillo y el frente sabanas de Sucre y Córdoba de las AUC. Generaron una oleada de desplazamientos en el que se estima, por el sistema RUT de la conferencia episcopal, que al menos 49.775 hectáreas en la región Montes de María Bolívar fueron abandonadas por sus pobladores (Daniels y Múnera, 2011, p.11). Este desplazamiento sería una de las primeras oleadas que llegaron al barrio a mediados de los 90. Parte de esta población terminaría acantonada en Mandela en improvisados cambuches, que estos reconocerían después como hogar.

La frontera entre lo urbano y lo rural se perdía en un lugar que no contaba con alumbrado público, alcantarillado, ni sistema de agua potable; en el que además el encuentro de diferentes culturas hizo mella en la forma como se construye la cotidianidad en Nelson Mandela. Aquellos que provenían de lugares como el Urabá antioqueño pretendieron insertar dentro de la comunidad las lógicas de organización comunitaria en la que se convierten en agentes de desarrollo endógeno. Algunos de ellos asumieron rápidamente roles de liderazgos que permitieron organizar a la comunidad para suplir necesidades básicas como la energía eléctrica y el suministro de agua.

Sin embargo, esta periferia desarrolla unas dinámicas diferentes a las del desarrollo general de la ciudad; en ese sentido, es “un territorio reservado en el cual esa población desarrolla un conjunto de instituciones específicas que actúan como sustituto funcional y escudo protector de las instituciones dominantes de la sociedad general” (Wacquant, 1991, p.43). Esta configuración de la periferia de Cartagena es precisa para el caso de Nelson Mandela, al referirnos a espacios donde la ciudadanía no está bien cimentada en sus habitantes y las prácticas de participación ciudadana están permeadas por el clientelismo electoral, al subyugar la provisión de servicios y bienes a los intereses políticos de los jefes y caciques locales. Estas prácticas terminan por crear hendidias por donde se insertan estos actores y se sustituye el papel del Estado a favor de terceros armados (Jaramillo, 2008, p.19).

Es en este contexto en el que se desarrolla el barrio, con el surgimiento de asesinatos selectivos y amenazas a líderes cívicos y sociales, al igual que a organizaciones sociales, que a partir del año 1997 empezaron a conformarse con la intención de ser articuladoras de los procesos comunitarios para la consecución de obras y el mejoramiento de las condiciones de vida de los mandeleros. Es así como los hechos que prosiguen a la entrada del grupo armado al barrio, en medio de la expansión del fenómeno del paramilitarismo

en Colombia, las dinámicas que imponen el territorio y las transformaciones de la cotidianidad en un espacio entre lo urbano y lo rural, dejan unas marcas en el territorio.

En ese sentido, se generaron en el barrio unos hechos que quedaron marcados en la memoria de los mandeleros, por lo que se intenta responder sobre la pregunta: ¿Qué hechos victimizantes contra líderes sociales del barrio Nelson Mandela son rememorados y cómo los recuerdan colectivamente los mandeleros? Esta pregunta servirá de hilo conductor del texto, y da lugar a unas preguntas secundarias que se abordarán. ¿Cuál es la memoria sobre el orden violento impuesto por los grupos armados que tienen los mandeleros?, ¿cómo se encuentran representados los actores armados en la memoria de los mandeleros?, ¿cómo operan los miedos sobre la reconstrucción de memoria de los hechos victimizantes contra líderes sociales y cómo opera el silencio sobre algunos hechos?

3. Memoria y violencia sociopolítica en Nelson Mandela

A partir de 1997, en Nelson Mandela los grupos armados empiezan a imponer un orden social a través de la violencia y la coerción. Aquello puede notarse en la reproducción de amenazas, asesinatos y masacres contra líderes sociales, a organizaciones sociales y habitantes en general que estuvieran asociados a problemáticas sociales o actividades económicas y, como hecho significativo que permite establecer este año como el inicio del control por parte de los paramilitares, fue el primer asesinato de un líder social: el señor Teódulo Sibaja. Con ello este actor armado reafirmaba el control en el barrio utilizando la violencia como mecanismo. El orden que se estableció por parte de los grupos paramilitares estará directamente asociado con lo que expresa Duncan (2007) sobre el orden violento de los señores de la guerra: “La coerción y protección en una sociedad por parte de facciones armadas al servicio de intereses individuales y patrimonialistas es superior a la capacidad del Estado democrático de ejercer un grado mínimo de monopolio de la violencia” (p.30).

En estos espacios donde el Estado no alcanza a hacer presencia, así Nelson Mandela fuera una zona periférica de una ciudad con una importancia espacial para el país, en términos de la industria del turismo como es Cartagena de Indias, parece que las ciudades reproducen las lógicas de funcionamiento del Estado colombiano. En tanto que, administrado desde la centralidad, en aquellos espacios más cercanos al poder central es más fuerte el Estado en todos los sentidos. A medida que se extiende, y la geografía del país impone sus condicionantes, la fuerza y presencia de ese Estado va desapareciendo.

Cartagena de Indias, por su posición geográfica, fue escogida como ciudad bandera para el turismo en Colombia desde 1943. Desde entonces la ciudad es representada como la “Joya” del caribe colombiano, la ciudad más “bella” y “segura” del país. Esto, con el objetivo de posicionarla en el escenario del

turismo internacional. Sin embargo, hay una parte de la ciudad que no se cuenta en los folletos y demás publicidad para el turismo. Cartagena tiene una realidad distante a esa imagen. Es una ciudad con una alta desigualdad en la que la pobreza extrema tiene altos índices; una parte importante de su población vive por debajo de la línea de la indigencia. Son esas las condiciones en las que el barrio de Nelson Mandela se desarrolla a partir de 1994.

Bajo esas lógicas, en Mandela se desarrolla un proyecto alternativo de Estado; una paraestatal que revierte el orden social y organiza, recompone y reestructura la cotidianidad del barrio para establecer su propio orden. En ese sentido, estos actores armados son en la práctica el Estado en Mandela “Al ser las facciones armadas la principal herramienta de coerción, extracción de recursos y de protección del orden social en una comunidad, es posible concluir que se constituyen en su Estado en la práctica” (Duncan, 2015, p.31). Aquello es posible notarlo en la forma como los mandeleros recuerdan el orden impuesto por los actores armados en el barrio, un orden que estaba mediado por la apariencia de seguridad. En el siguiente relato da cuenta de aquellas dinámicas:

“La entrada de los grupos armados al margen de la ley que se metieron a las zonas urbanas más que todo, no me voy a dedicar a hablar de ellos sino a los mensajes publicitarios que daban ellos como los panfletos este hecho ha marcado fuerte muy fuerte es más todavía escuchó que salió un panfleto allá en Mandela qué sale un panfleto halla en el Nazareno y me daba temor pasar por la calle cosas que me afectan todavía, los panfletos tenía unos dichos que hasta riman “si su hijo es sano acuéstalo temprano” cierto verdad “si su hijo es ladrón pues consígale el cajón” aunque tú no seas malo sea un horario en el que tú no puede circular en un barrio en una calle en un sector y este hecho me ha marcado mucho más todavía” (Líder social, Grupo focal, Abril de 2016)

Este tipo de condicionamientos, a los que se vieron sometidos los mandeleros una vez que los actores armados hicieron su ingreso al barrio, da cuenta de las nuevas realidades a las que debieron ajustarse los habitantes del barrio. Estos relatos ayudan a reconstruir no solo un recuerdo personal, sino que lograr reestructurar un entramado colectivo; un recuerdo compartido entre los diferentes habitantes. El orden trastocado por los grupos paramilitares que organizaron de tal forma el barrio no sólo imponían las cuestiones relacionadas a las problemáticas sociales como pandillismo, drogadicción y delincuencia común. Eran amos y señores del territorio, por lo tanto, imponían sus arreglos morales en cuanto a la forma de vestir, las orientaciones sexuales y los comportamientos que cada habitante del barrio debía asumir según ellos. Un orden que estaba mediado por la moral cristiana, de la que por supuesto los gays, lesbianas y demás no hacían parte. Así recuerda una integrante de esta comunidad al recordar sobre el orden que impusieron los paras.

“Aparecen las listas comandadas por los mismos grupos al margen de la ley, donde aparecieron todos los LGBTI y como no apareció ningún

miembro con los que yo andaba, dijeron que había sido yo quien había influido de alguna manera para no aparecer y esa persona fue Jhon Rojas (la abuela). A causa de eso fui víctima de atentado. Tiraron varias piedras a mi casa, pero en ese entonces yo no me encontraba en mi casa. Cuando llego, encuentro una piedra en la almohada de mi casa junto con un papel que decía que me iban a matar. Me llene mucho de susto, pero decidí no irme porque no había sido yo quien la había puesto. Tiempo después se dieron cuenta de que habían sido los mismos líderes de la comunidad.” (Líder LGTBI, grupo focal, Abril de 2016)

Estos líderes sociales recuerdan con claridad, dos elementos fundamentales con los que se impuso ese orden violento, como elementos de coerción, pero una coerción que ingresa dentro del campo de la representación, al ser la lista y el panfleto dos elementos o artefactos que son depositarios de recuerdos. Algunos de estos líderes conservan los panfletos y listas donde fueron relacionados sus nombres, como una forma de hacerle frente al miedo; el miedo que se impuso en Nelson Mandela a partir de la incursión de estos grupos armados.

El barrio hizo parte del territorio urbano de las AUC, un lugar donde los liderazgos sociales y políticos, que no se comprometían con el régimen arbitrario y los poderes ilegales, eran aplastados mediante el aniquilamiento de personas que se atrevían a estar en desacuerdo con sus formas de control. Entendiendo a los liderazgos como aquellos ciudadanos que se apersonan de las iniciativas comunitarias y realizan las acciones necesarias para conseguir esos objetivos; estos liderazgos, que emanaron de las mismas formas organizativas de la comunidad, van a ser determinantes para la consecución de servicios básicos como redes de alcantarillado, agua potable y redes de electricidad, que por la condición de “subnormalidad” con la que fue categorizado el barrio, no podían ingresar de manera legal inicialmente.

De las primeras muertes relacionadas a los trabajos de liderazgos en el barrio, se encuentra el asesinato del líder cívico Teódulo Sibaja, quien era dirigente de una organización conocida como ANDAS, que se dedicaba a ayudar a las personas que llegaban al barrio en condición de desplazamiento. De esta forma la prensa de la ciudad narró el suceso:

Entre 6:30 y 7:00 pm fue asesinado el líder cívico Teodulo Sibaja Martínez, cuando caminaba por una de las calles de barrio Nazareno, cerca del turno de los buses de la ruta Socorro, después de realizar una manifestación política, Sibaja, se desempeñaba como presidente de Asociación Nacional de Ayuda Solidaria (ANDAS) seccional Cartagena donde se dedicaba a colaborar con los desplazados por la violencia, había sufrido dos atentados de los cuales había salido ileso. (El Universal, septiembre 26, 1997, 4B).

Este hecho dejó una huella en la memoria de los líderes sociales del barrio, pues marcó el inicio de la persecución contra los mismos. El tema ya no pasaba solo

por el control del barrio y la imposición del miedo. Los líderes sociales, de quienes se creía que no serían perseguidos, pues su trabajo era percibido por la comunidad como bueno, empezaron a ser asesinados. Así lo expresa el relato a continuación de uno de los líderes juveniles del barrio, en medio de los ejercicios de memoria:

“Yo empecé a identificar verdad a las cuestiones por las cuales aquí en Mandela podía correr peligro la vida de una persona buena, porque yo en mi infancia pensaba que sólo mataban al que robó, a quién mató, a quién venía huyendo; ahí empecé yo a ver que a uno por bueno también lo pueden matar, ahí empecé a sentir miedo por mi papá también.” (Líder social Juvenil, grupo focal, Mayo de 2016)

Estos asesinatos, contra personas que cumplían una función social articuladora de procesos para la comunidad, generaron un sentimiento de que nadie estaba a salvo en el barrio. Los líderes sociales fueron blanco de los actores armados porque estos representaban una amenaza para el control que estos buscaban instaurar en el barrio. En los relatos de los líderes al momento de recordar los asesinatos, está presente la huella del miedo; ese era el proyecto político que intentaron establecer en el barrio de Nelson Mandela. El miedo juega un factor determinante dentro de estas comunidades, en la que se impone a sangre y fuego el silencio. El siguiente relato así lo evidencia:

“Digamos que entre el 2002 y el 2003 fue cuando ocurrió la muerte del señor Libardo Hernández, ya. Y empieza a decir la gente: ‘ojo, ojo, que es con los líderes’ y muchos líderes de otros sectores empezaron como a dudar de su participación en las cuestiones comunitarias.” (Líder social, grupo focal, Abril 2016)

La muerte de Libardo Hernández está directamente relacionada con su labor comunitaria. Del relato anterior se extrae la impresión con la que el líder recuerda el año de la muerte, pero recuerda muy bien el sentimiento colectivo a modo de advertencia, de que esos ataques no eran hechos aislados, sino que había una especie de sistematicidad en los hechos victimizantes. Sobre esta muerte, el periódico titularía:

“A las 7:00 de la noche fue asesinado de tres impactos de arma de fuego el líder comunal Miguel Enrique López Misath, de 44 años de edad, en el sector El Trupillo del barrio Nelson Mandela donde residía y llevaba a cabo labores comunitarias junto a otros dirigentes de la zona.” (El Universal, octubre 23/2001, 12A)

De los elementos que se pueden evidenciar en los registros que hace la prensa sobre los hechos, es la ausencia de un actor material claro de los asesinatos; aquello dista de lo que pueden recordar los mandeleros, porque para ellos estaba claro que estos actores armados eran paramilitares, aunque algunos relatos los identifican como “actores armados” o “grupos armados”, para los que se otorgan estas categorías como elementos de seguridad.

Una de las muertes mayormente recordada entre los participantes dentro de los ejercicios de memoria fue la muerte del líder cívico Manuel López. Su muerte, relacionada con sus actividades en el barrio y las denuncias que adelantaba sobre los actores armados, generó marcas que al ser rememoradas reviven los sentimientos de quienes evocan la memoria de aquellos hechos, como se nota en el siguiente relato:

“Algo que me marcó muchísimo, muchísimo, fue la muerte de Manuel López -llora- porque siento que, que, esa etapa de mi vida me marcó mucho; porque yo, yo, a Mañe lo veía como, no lo veía como un líder como tal, sino que yo en él veía la imagen de un padre. Él era el apoyo para los jóvenes, no sólo del centro de aquí donde él vivía sino de todos los sectores de aquí de Mandela; de todos. O sea, era una persona que pasaba muy pendiente de lo que pasaba con los jóvenes, de qué pasaba con la juventud. Él vivía muy pendiente de eso, o sea, él vivía en función de que los jóvenes de Nelson Mandela, los jóvenes de su sector, fueran personas diferentes.” (Líder social, grupo focal, Abril de 2016)

Dentro de este relato se nota, además, la presencia de un elemento relacionado a la representación del líder benefactor y cuidador, cualidades que se le otorgan a quien cumplió con un rol de “padre” para los jóvenes del barrio. Esta muerte es recordada así por líderes sociales de edad mayor y aquellos que eran jóvenes al momento de la muerte del líder Manuel López. El relato a continuación da cuenta de que este hecho fue articulador para otros recuerdos. Alrededor de este, se tejen otros recuerdos que secundan la situación del barrio en el momento en el que el miedo impera dentro de los líderes de Nelson Mandela; el sentimiento de miedo que se recuerda con claridad a modo de advertencia:

“En el 2007 fue la muerte de Manuel López, y ocurrió algo que, algo que hizo que los líderes sintieran más miedo. Empezaron a amenazar a los demás líderes directamente, incluso amenazaron a la señora Estela, entre comillas, porque no vi el comunicado a la señora Gladys. Hubo un atentado, supuestamente que el muchacho iba, que ella tenía un billar, ella estaba sentada y el muchacho dizque iba directamente a matarla, y cuando iba a sacar el arma se le cae. Cuentan los que estuvieron ahí que el muchacho cogió su moto y se fue. Los otros líderes dijeron yo no sigo.” (Líder social juvenil, grupo focal, abril de 2016)

La muerte de Manuel López está directamente relacionada con el traslado del relleno Sanitario. Al momento de su muerte se desempeñaba como presidente de la Junta de Acción Comunal del Sector las Vegas. Los líderes sociales del barrio sufrieron el rigor de la persecución, y algunos de ellos tuvieron que volver a desplazarse para sobrevivir. Este recuerdo que se mantiene sobre las muertes contra líderes sociales es prueba de las dinámicas que impusieron los actores armados, cuando algún otro actor cívico entraba a disputar el poder o amenazaba con sus denuncias las actividades ilícitas que adelantaban en el barrio.

Este orden que impusieron los actores buscaba reorganizar los ejercicios políticos en el barrio y regularlos. En ese sentido, procuraban la regulación política violenta, ejercida por un ejército que está en capacidad de imponer la naturaleza de las relaciones políticas entre los diferentes grupos sociales en una comunidad, de acuerdo con los intereses y la convivencia de su jefe o dueño individual.

Estas fueron las dinámicas que se impusieron durante el tiempo que estuvieron operando en el barrio los actores armados. Hasta la fecha, ninguno de los asesinatos en el barrio Nelson Mandela han sido esclarecidos. Todos se mantienen en la sombra de las muertes realizadas por los grupos armados; que, con cierto hedor de complicidad, la prensa encubría. Si bien para los años en mención era conocido el accionar de los grupos paramilitares en el barrio Nelson Mandela, en la prensa se les llamaba “grupos armados”, “sicarios”, “hombres desconocidos” o, recurriendo a un concepto que en Cartagena era conocido desde los años 80, “los Encapuchados”; hombres que presuntamente pertenecían a grupos especiales de la policía, que realizaban labores de “limpieza social” contra delincuentes, drogadictos y habitantes de la calle.

En los relatos es notable las marcas sobre los espacios temporales en los que sucedieron los hechos, y los espacios geográficos que están asociados a ellos. La recurrencia a los relatos de otros individuos para terminar de evocar sus propios recuerdos y así construir un relato sobre el hecho, a la par que aparecen valoraciones morales sobre los actores sociales y el actuar de los grupos armados. En ese sentido, las formas como se representa el pasado estarán presente en estos relatos, en los que se construyen narraciones mínimamente coherentes, y que son logrados entretrejiendo una red de recuerdos que permiten construirlos. En tal sentido, siguiendo a Halbwachs, sobre la reconstitución del pasado a través de los relatos de los demás: “Recurrimos a los testimonios, para fortalecer o invalidar, pero también para completar lo que sabemos acerca de un acontecimiento del que estamos informados de algún modo, cuando, sin embargo, no conocemos bien muchas de las circunstancias que lo rodean” (2004, p.25). Los testimonios de los mandeleros son fundamentales para reconstruir la memoria de las víctimas de la violencia sociopolítica en el barrio y la verdad necesaria sobre los hechos.

Conclusiones

El trabajo de reconstrucción de memoria histórica permitió desarrollar una línea de tiempo que permite la aproximación al caso del barrio Nelson Mandela, como una comunidad que fue impactada por la violencia sociopolítica de manera sistemática. Por cuanto la violación de sus derechos se realizó de manera repetitiva, no se trató de un “hecho aislado” o “coyuntural”. La reconstrucción de la memoria realizada, además, logró poner de manifiesto la forma como los actores armados lograron desincentivar de manera deliberada el trabajo de los líderes sociales, al hacerlos objeto de amenazas, persecución y

asesinatos. Es posible señalar que la violencia ejercida tenía como fin mantener las estructuras de poder y dominación sobre los mandeleros y mandeleras, para favorecer así los intereses de quienes ocupan altas esferas política y económica de la ciudad.

Con el asesinato de líderes sociales no solo se buscaba asesinar a la persona, se trataba de desarticular todo el proceso comunitario que iba ligado a su ejercicio de liderazgo social; en otras palabras, desmembrar el desarrollo comunitario imponiendo como método la violencia. El ejercicio del liderazgo se vio gravemente debilitado una vez que los actores armados decidieron imponer el “orden violento”, pues eran ellos los que pasaron a sustituir, o si se quiere, ocupar el lugar que el Estado representado en el Distrito de Cartagena no era capaz de llenar. Competir con los actores armados era una imposibilidad para los líderes sociales, la única arma que estos tenían a su disposición eran el respaldo de la comunidad, lo cual no era ninguna garantía para su supervivencia.

La violencia sociopolítica contra líderes sociales en Nelson Mandela no es más que uno de los tantos casos en los que el Estado colombiano es incapaz de garantizar los derechos fundamentales. La vida corre riesgo cuando el sustituto funcional de ese Estado es un actor armado con unos intereses particulares que imponen sus propias reglas y moral sobre las comunidades en las que entran a operar. El caso de Nelson Mandela es emblemático, pues constituye un ejercicio de control, sobre un barrio entero, de un actor armado que se convierte de facto en el regulador del ejercicio político y los arreglos morales sobre los que están basados dichos ejercicios. Este trabajo es apenas un ejercicio inicial, del que deberá seguirse construyendo como ejercicio de investigación, pues son muchas las preguntas que siguen esperando encontrar respuestas.

Fuentes

Relatos de líderes del barrio en los ejercicios de memoria colectiva realizados en el barrio durante el proyecto Voces de Mandela; Reconstrucción de la memoria histórica del Barrio Nelson Mandela a través de expresiones artísticas y culturales. 2016

Grupos focales en los ejercicios de memoria colectiva realizados en el barrio durante el proyecto Voces de Mandela; Reconstrucción de la memoria histórica del Barrio Nelson Mandela a través de expresiones artísticas y culturales. 2016
Entrevistas individuales a líderes sociales. 2016

Archivo de Noticias del periódico el Universal Cartagena. 2016.

Bibliografía

Corporación Colombia Nueva (2016) Voces de Mandela: Reconstrucción de la Memoria Histórica de Nelson Mandela a través de expresiones artísticas y culturales.

- CINEP. 2029. Banco de Datos de la Violencia Política. Revista Noche y Niebla No. 39 de 2009.
- Daniels, Amaranto. (2006). El desplazamiento en Cartagena: Entre la invisibilidad y la incertidumbre. Un balance de políticas públicas. Cartagena: Universidad de Cartagena. Instituto Internacional de Estudios del Caribe.
- Daniels, Amaranto. Munera, Alfonso. (2011) Los Montes de María: región, conflicto armado y desarrollo productivo. Pluma De Mompox Editorial.
- Del Pino, Ponciano, 2004, "Violencia, memoria e imaginación. Uchuraccay y Lucanamarca en la violencia política en el Perú", en Boletín IFP Derechos Humanos, junio, año 1, núm. 7, pp. 11-13.
- Duncan, Gustavo (2015). Los Señores de la Guerra. Bogotá: Debate Editorial. Versión Electrónica.
- Giddens, Anthony. (1993). Consecuencias de la Modernidad. Madrid: Alianza Editorial.
- Goyeneche, F. (2007). Aproximación interpretativa a determinantes de la violencia homicida en Cartagena de Indias durante 2006. Revista Palabra.137–153.
- Halbwachs, Maurice (2004) "La reconstitución del pasado" y "la localización de los recuerdos "en: los Marcos sociales de la memoria. (pp 105-175.)
- Jaramillo, Lukas, Arias, Cristina y Jaramillo, Juan (2011). Orden en tiempos paramilitares: violencia, política y lucro en un barrio del caribe colombiano. Desafíos 23-II, pp. 123-147.
- Jelin, Elizabeth (2002) "Los trabajos de la Memoria" siglo XXI de España editores.
- Jelin, Elizabeth, 2003, "Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales", en Cuadernos del IDES, núm. 2, octubre, Cuadernos del Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires.
- Kalyvas, S.; y Arjona, A. (2008). Paramilitarismo: una perspectiva teórica. En A, Rangel. (Ed.), El poder paramilitar (25-46). Bogotá: Editorial Planeta.
- OPS (2002). Estudio de Perfil Epidemiológico de población desplazada y población estrato uno no desplazada en cuatro ciudades de Colombia. Organización Panamericana de la Salud/Instituto Nacional de Salud, en línea: https://prevencionviolencia.univalle.edu.co/observatorios/bolivar/cartagena/arcivos/perfil_cartagena.pdf
- Wacquant, Loic. (1991). Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio. Buenos Aires: Manantial Editorial.